

Entrevista con Flor Romero de Nohra

Eduardo Mackenzie

La escritora colombiana Flor Romero (1933) acaba de publicar *Eldorado café*, una novedosa y amena historia del café colombiano que mezcla recuerdos de la infancia de la autora con investigaciones suyas sobre la trayectoria mundial de la famosa bebida. Con excelentes fotografías de Abdu Eljaiek, los volúmenes preciosistas de esta primera edición de *Eldorado café*, constituyen un regalo (costoso) para bibliófilos. Hojas y granos genuinos de café fueron cuidadosamente ensamblados y prensados sobre la espesa cubierta, luego de haber sido "inmortalizados", es decir, tratados con substancias especiales que, según César Olmos, el director de la Editorial Testimonio, de España, impiden su deterioro.

Por otra parte, la Editorial Diana, de México, prepara para fines de mayo próximo el lanzamiento de otro libro de Flor Romero: *En el ombligo de la luna y otros cuentos míticos mexicanos*. Son 21 textos escritos entre 1980 y 1982, luego de un peregrinaje de la autora por los monumentos precolombinos más célebres de aquel país.

Flor Romero es autora de las novelas *3 kilates 8 puntos* (1964), *Mi capitán Fabián Sicachá* (1967), *Triquitraques del Trópico* (1972), traducido al francés en 1978 por Antoine Berman bajo el título de *Crépitant tropique*, y *Los sueños del poder* (1978). De próxima aparición en francés, *La rue des autres*, traducida del español por Claude Couffon.

Pregunta: Flor, ¿cuáles fueron los caminos que te llevaron a la literatura?

Respuesta: Desde niña tuve siempre gran curiosidad por los asuntos de la vida, por saber y transmitir. Esto último fue lo que me llevó, creo, a escribir. Yo comencé realmente en el periodismo. En *El Espectador*. Entré allí como auxiliar del director del suplemento dominical, Alvaro Pachón de Latorre, quien me dictaba sus notas. Después tuve la oportunidad de tomar los dictados de los editoriales del director del diario, don Luis Cano. Este último fue quien decidió, en un momento dado, que yo tenía "vena periodística", y me encomendó la página de sociedad. Fue embarazoso para mí ese puesto. Yo era una niña pueblerina que ignoraba cómo era la sociedad colombiana. Desconocía hasta los apellidos más célebres. Esa página me aburría por su monotonía. No había posibilidades para la creación. Empecé a hacer entonces reportajes más extensos de la gente que tenía algo para contar. Mi primer encuentro con la literatura comenzó cuando me encargaron la página de los niños, del suplemento literario. Me di cuenta que no valía la pena darle a los niños, exclusivamente, cuentos de geografías y pensamientos que no correspondían a los suyos, como los de los hermanos Grimm, los de Perrault, etc. Había en ellos paisajes con nieve y monstruos que resultaban exóticos para niños de un país que carece de estaciones. Quise inventar algo basada en las historias de nuestros antepasados. Esos primeros cuentos los publiqué bajo pseudónimo. No eran tan buenos como quería.

P.: ¿En qué año ocurrió esto?

R.: Más o menos en 1964.

P.: ¿Conservas copias de esos cuentos?

R.: No. Pero sé que un ratón de biblioteca, Jacques Guilard, identificó y guardó algunos de ellos. Lo hizo "por olfato", orientándose por el estilo que yo manejaba. Guilard es un especialista francés en literatura colombiana que sabe más de nosotros los escritores que nosotros mismos.

P.: ¿Cuál fue el paso siguiente en tu evolución?

R.: Ensayé después con cuentos policíacos, un poco influida por la época de la violencia que me obsesionaba. No me gustaron esos

cuentos y los destruí todos, unos quince más o menos.

P.: ¿Por qué no te gustaban? ¿Cuál era su defecto?

R.: No los encontraba auténticos, los sentía como copias, les faltaba coherencia. Eran meros ensayos. De todas maneras, después aprendí que no hay que destruir tanto, que hay que guardar porque algo se puede salvar de esos naufragios. Fue lo que hice cuando empecé a hacer reportajes sobre temas que me inquietaban. Guardaba frases o escenas que quería aprovechar para novelas futuras.

P.: La primera novela que te editan en Colombia es *3 kilates 8 puntos*. Fue Premio Literario Esso, en 1964. ¿Cuál fue la génesis de ese trabajo?

R.: A mí me inquietaba mucho la problemática social. Tal vez por eso escribo. Por la angustia, no de denunciar sino de contar para que la gente vea en espejo lo que sucede. Esa violencia que hay alrededor de las esmeraldas me atraía. Conseguí un permiso para ir a vivir a las minas de esmeraldas como periodista. Hay que saber que en esas minas estaba prohibida la entrada de mujeres, como eran también prohibidos el alcohol y el juego. Era un mundo de machos. Viví varios meses allí, por temporadas, y hablé con la gente en los sitios de explotación. Me di cuenta cómo sucedían las cosas alrededor de la riqueza verde. Con esas anécdotas y un poco de mitología, pues en esa novela aparecerá el mito de Furatena, escribí la novela. Terminada, la presenté al concurso Esso y quedé de finalista y me la editaron. Ese premio me animó a seguir escribiendo.

P.: ¿Qué impidió que ganaras el primer premio?

R.: Dijeron que yo trataba un tema que era un poco tabú: el de los curas negociantes. Se referían a un personaje, el padre Serafin, que cambiaba esmeraldas por indulgencias. Eso les pareció muy fuerte. Sin embargo, era parte de la realidad de esas minas. En Colombia la realidad es tan rica que no se necesita esforzar mucho la imaginación... No pude por eso obtener el primer premio, pero esa novela quedó de todas maneras como referencia. Ha tenido propuestas para el

cine. Estamos ahora, precisamente, trabajando con Benjamín Kruk para ver si la llevamos a la pantalla. Hay una oferta de apoyo del Instituto de Cinematografía Mexicano. Colombia, en cambio, ha sido indiferente. Existe incluso un guión que ha sido trabajado por varias personas. Tenemos algo ya sólido pero falta la financiación económica de la parte colombiana, pues allí es donde están los paisajes apropiados para la filmación.

P.: ¿Se hicieron gestiones formales en Colombia para la película?

R.: Sí. Hubo un momento en que México le propuso a Focine la coproducción. Era la época de María Emma Mejía, la directora de ese instituto. Pero jamás hubo una respuesta.

P.: En *Mi capitán Fabián Sicachá*, el trasfondo general es la violencia colombiana, el período de la llamada "primera violencia". ¿Por qué te interesa tanto ese tema?

R.: La violencia me impactó desde niña. Estudiaba en Bogotá pero iba a pasar vacaciones a mi pueblo, La Paz de Calamoima, donde vivían mis abuelos y mis tías, y encontraba al pueblo barrido por los vientos de la violencia, por los éxodos campesinos hacia Honda. Nunca viví directamente situaciones sangrientas pero el testimonio de las gentes me indicaba lo que estaba pasando. Con la cabeza de mi abuelo, por ejemplo, los chulavitas (la policía conservadora de la época) habían ensayado tiro al blanco en la ceiba de la plaza. La violencia fue, pues, una constante de mi vida y por eso lo es de mis obras.

P.: Cierto. En *Triquitraques del Trópico* vuelves sobre esa problemática pero allí el lector descubre un nuevo elemento: los desastres naturales. Yo encontré, por ejemplo, una descripción profética de la tragedia de Armero de 1985, por el "despertar" del nevado del Ruiz. ¿Cómo lograste tú tener esas imágenes tan cercanas a lo que pasó en realidad, mucho antes de que la avalancha ocurriera?

R.: En la época en que escribí *Triquitraques* pasaba temporadas en una finca que se llamaba Buenos Aires, entre Honda y Armero. Por las mañanas se veía muy claro

el diamante del nevado del Ruiz. La nieve es tan rara en nuestros países tropicales que esa montaña era como un imán que nos intrigaba y llamaba la atención. Empecé a recopilar las historias de la región, a recoger la tradición oral. En el inconsciente colectivo creo que aún permanece la memoria de la primera explosión conocida de ese volcán por allá en el año de 1595, cuando vivió en nuestro suelo Fray Pedro Simón, uno de los cronistas de Indias. También debe existir el recuerdo de la explosión que arrasó poblaciones enteras en 1845. Entre uno y otro hecho las cosas han cambiado poco. Hasta con las fumarolas del volcán, que según Fray Pedro Simón, iban a dar hasta Panamá y Venezuela, ocurrió algo parecido hace tres años. Las gentes sencillas del Tolima sabían esas cosas y me las contaron. En Colombia hay una mitología en torno al volcán. En mi novela hay un pasaje, tomado de esa tradición mítica, donde las gentes aseguran que comenzó a nacer otro volcán. Se estaba acumulando nieve sobre otro picacho, y las gentes fueron con sal a derretirlo.

P.: ¿Se podría decir que hay un cambio cualitativo, una ruptura, en tu obra, por lo menos en temática, escenarios y lenguaje, con *La calle ajena*? Todo allí ocurre, por primera vez, en una ciudad grande que podría ser Bogotá.

R.: No. Creo que lo que hay allí, más bien, es una continuidad. La historia de los niños de la calle es una prolongación de la violencia rural. El éxodo campesino hacia la ciudad, ocasionado por la violencia, trajo como consecuencia esos niños, que deben buscar su vida en la calle, pues sus padres no los pueden educar ni sostener, por falta de recursos. La violencia es una constante en la vida nuestra. No es gratuita y se remonta hasta nuestros antepasados. El gran choque cultural y físico que hubo entre las civilizaciones, cuando el "descubrimiento" o la "invasión" de América por los españoles, en donde éstos últimos llegaron a imponer su visión del mundo a sangre y fuego, tiene algo que ver con la violencia actual. Pienso que no ha habido un análisis profundo de las consecuencias de ese choque. Hay, en mi opinión, una mezcla de factores ancestrales y de fac-

tores sociales, en el desgarramiento actual. Pienso que la injusticia social es uno de los componentes, pero también existe el elemento histórico. Durante la Conquista no hubo ningún respeto por los aborígenes, ni por sus creencias, ni por sus ideas. Ni sus alimentos fueron respetados. No hubo clemencia con el vencido. Recuerdo la historia de un cacique Koggi que luchó hasta último momento. Cuando se dio cuenta que las flechas de sus hombres nada podían contra los arcabuces de los españoles, resolvió dialogar con éstos y anunciarles que se convertiría a la religión católica. Le contestaron: muy bien, al fin ha comprendido la verdad, y ahí mismo lo decapitaron. De ese exterminio masivo algo tuvo que quedar entre nosotros. Y eso, sumado a las condiciones sociales que vive un pueblo que no ha acabado de consolidar sus instituciones, tiene que dar una mezcla explosiva.

P.: Volvamos sobre tu última novela. Se nota que hiciste un trabajo minucioso de investigación del lenguaje popular bogotano, en especial del lenguaje de los "gamines". Pero ese esmero por recrear el habla, o las hablas del interior colombiano, es una constante de tu obra. ¿Qué explica eso?

R.: Yo creo que forma parte de mi naturaleza. No se trata de algo artificial. He nacido en La Paz de Calamoima, un pueblo casi medieval, que ha sido como un cruce de civilizaciones por su cercanía de Honda. Por Honda, pasó, entró, toda la cultura que trajeron de Europa. Los viajeros entraban al país por el río Magdalena hasta Honda y allí se orientaban hacia Santa Fe de Bogotá. Así ocurrió durante la Conquista y durante la Colonia. Y el lenguaje se quedó. Muchas expresiones se conservan. Son arcaísmos que se utilizan en algunos pueblos aún hoy y que yo he guardado en la memoria.

P.: ¿Cómo explicas que tu obra tenga tan poco eco en tu país, que tengas más audiencia en Europa que en Colombia?

R.: Quizás lo que yo cuento les interesa más a los europeos. A los colombianos poco les gusta mirarse en el espejo. Quizás son temas demasiado duros, crudos, para ellos. Les divierte menos que Corín Tellado o que una serie norteamericana como *Dinastía*.

Tal vez necesitan literatura de evasión para escapar de alguna manera al mundo violento que viven a diario. El hecho de ser mujer tampoco ayuda para que me lean. En Colombia las mujeres tenemos poca credibilidad, en materia literaria y en otras materias.

P.: ¿Dirías que hay una actitud hostil de los críticos y comentaristas literarios de Colombia?

R.: No me parece. Se trata, más bien, de una cosa del medio ambiente, que es profundamente machista, que no toma en serio a las mujeres. Entre los críticos colombianos, que son bien pocos por cierto, el único que ha hecho un trabajo serio sobre mis novelas es Jaime Mejía Duque, sobre *Triquitraques del Trópico*. De resto no ha habido crítica profunda. De Europa eso me entusiasma mucho, que haya cierto interés por lo que uno hace.

P.: Tú has vivido aquí en París durante más de 15 años. Desde ese punto de vista se podría decir que vives un exilio literario. ¿Por qué ese retiro tan prolongado en Europa?

R.: Hay dos razones. Por una parte, como mujer me siento mejor tratada aquí. Y luego, como escritora, tengo más posibilidades, hay una atmósfera para trabajar, y aprendo más. Por eso vivo acá a pesar de que en Colombia tengo mis querencias, y de que me hacen falta muchas cosas: el paisaje, las frutas, las flores. Aquí tengo más guías espirituales, más gente a la que puedo confiar mis trabajos y que me suelen dar consejos, directrices. Es gente del ambiente universitario, como Claude Couffon, Olver de León, Jacqueline Baldrán, quienes se toman la molestia de leerlo a uno y de decirle una palabra. Por otra parte, en París uno está constantemente recibiendo mensajes culturales que de todas maneras son útiles para lo que se hace.

P.: ¿Ese distanciamiento de la realidad colombiana no terminará "evaporando" esas esencias que son las inspiradoras de tu narrativa?

R.: En Colombia ya he vivido más de la mitad de mi vida, profundamente. Además, sigo muy conectada al país. Viajo una o dos veces al año y permanezco allá temporadas

de dos meses y tres. Estoy al tanto de lo que pasa, viajo, investigo.

P.: ¿Por qué da la impresión que tus personajes no hicieran una clara distinción entre el bien y el mal?

R.: Es que trabajo un poco con el pensamiento mítico de los aborígenes nuestros, es decir, con la dualidad. Nadie, para ellos, es completamente bueno ni completamente malo; todos llevamos una bestia salvaje dentro, y se expresa de una y otra manera en determinados momentos. O no se expresa pero está latente. Creo que Dios es hombre y mujer, es noche y día, luz y sombra.

P.: ¿Qué estás leyendo en estos momentos?

R.: Estoy dedicada a la literatura japonesa desde hace unos meses. Me atraen esos escritores. He leído mucho a Yukio Mishima y a Yasunari Kawabata. Leo en estos momentos *Le Dit du Gengi*, de Murasaki Shikibu. Esta última autora es la gran novelista japonesa. Es el Cervantes femenino de los japoneses, el desafío de los escritores contemporáneos, aunque ella escribió en el siglo XI. Aún no ha sido traducida al español. Lo que me obsesiona de los japoneses es su capacidad para contrastar sentimientos opuestos, como la ternura y la crueldad. En *El marinero que perdió la gracia del mar*, de Mishima, el hijo de uno de los personajes desarrolla tal animadversión por el nuevo marido de su mamá que organiza la gran venganza con una banda de chicos de su edad, contra ese hombre que va a substituir el cariño de su padre. Deciden matarlo y hacen un ensayo preliminar con un gato al que despellejan vivo. Esta perversidad extrema en los japoneses no les impide amar con gran fuerza, es fascinante.

P.: ¿Lo que te atrae, acaso, no es el hecho de que el hombre colombiano es muy semejante al japonés, al menos en su capacidad para vivir entre sentimientos contrariados?

R.: Inconscientemente debe haber una traducción. Debe haber algo de cierto. Los extranjeros elogian mucho el carácter del colombiano, su gran calor humano, su gran generosidad. Pero cuando se trata de hacer el mal pueden incurrir en unos refinamientos inimaginables. Cuando uno ve a los sicarios actuales, gentes contratadas para matar

a sangre fría, y se entera que entre ellos hay niños, no sólo jóvenes sino niños como sicarios, la cosa se hace insoportable.

P.: ¿Cómo escribes? ¿Hay en ti eso que se llama el placer de la escritura? ¿O cada línea es un parto difícil?

R.: Digamos que escribir novelas es una tarea muy laboriosa. Requiere muchísimo taller, mucha investigación, mucha cocina. Hay que traer elementos de muchos sitios para poderse uno sentar a hacer la factura de todo eso. Pero me produce mucho placer escribir. Me gusta mucho leer y viajar, aprender. Hablar con gente que tiene cosas para decir. Tengo, desde luego, momentos difíciles, cuando lo que escribo no me gusta,

pero he aprendido a tener paciencia, a destruir menos, a dejar cosas entre el cajón para trabajarlas después.

P.: ¿Desde el punto de vista físico, concreto, cómo escribes?

R.: Tomo apuntes a mano. Escribo a máquina siguiendo el viejo "vicio" periodístico, y utilizo un procesador de palabras para pasar a limpio los textos. Hay ciertas manías con la máquina de escribir que no he podido desarrollar en el procesador. Pero éste siempre me alivia y me da mucho más margen para cosas como archivar textos y para corregirlos fácilmente.

Paris, 28 de marzo de 1989

